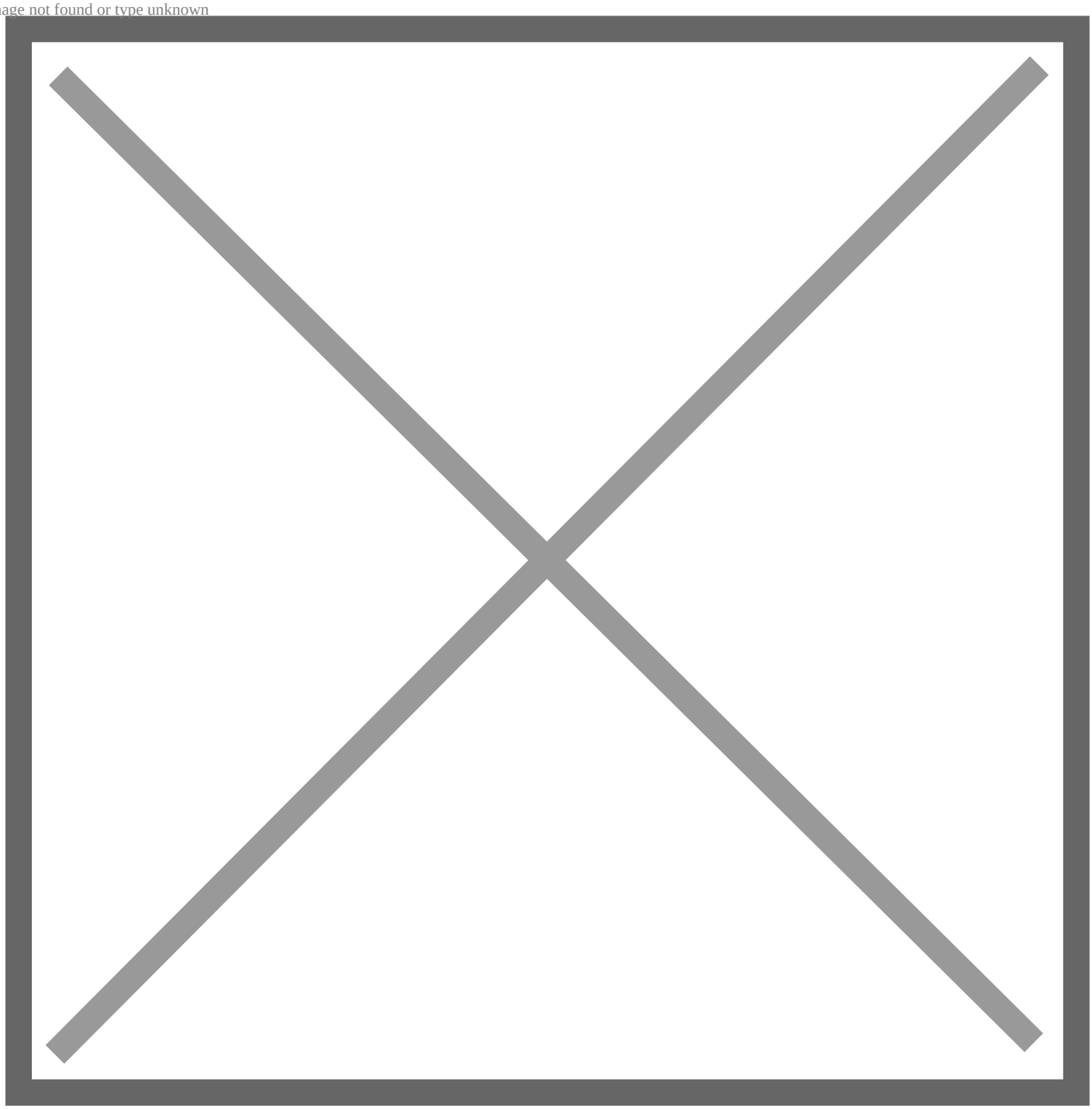
Image not found or type unknown



CALENTAMIENTO ATMOSFERICO

COP 25, lo que un católico no debe hacer. Decálogo contra el alarmismo verde

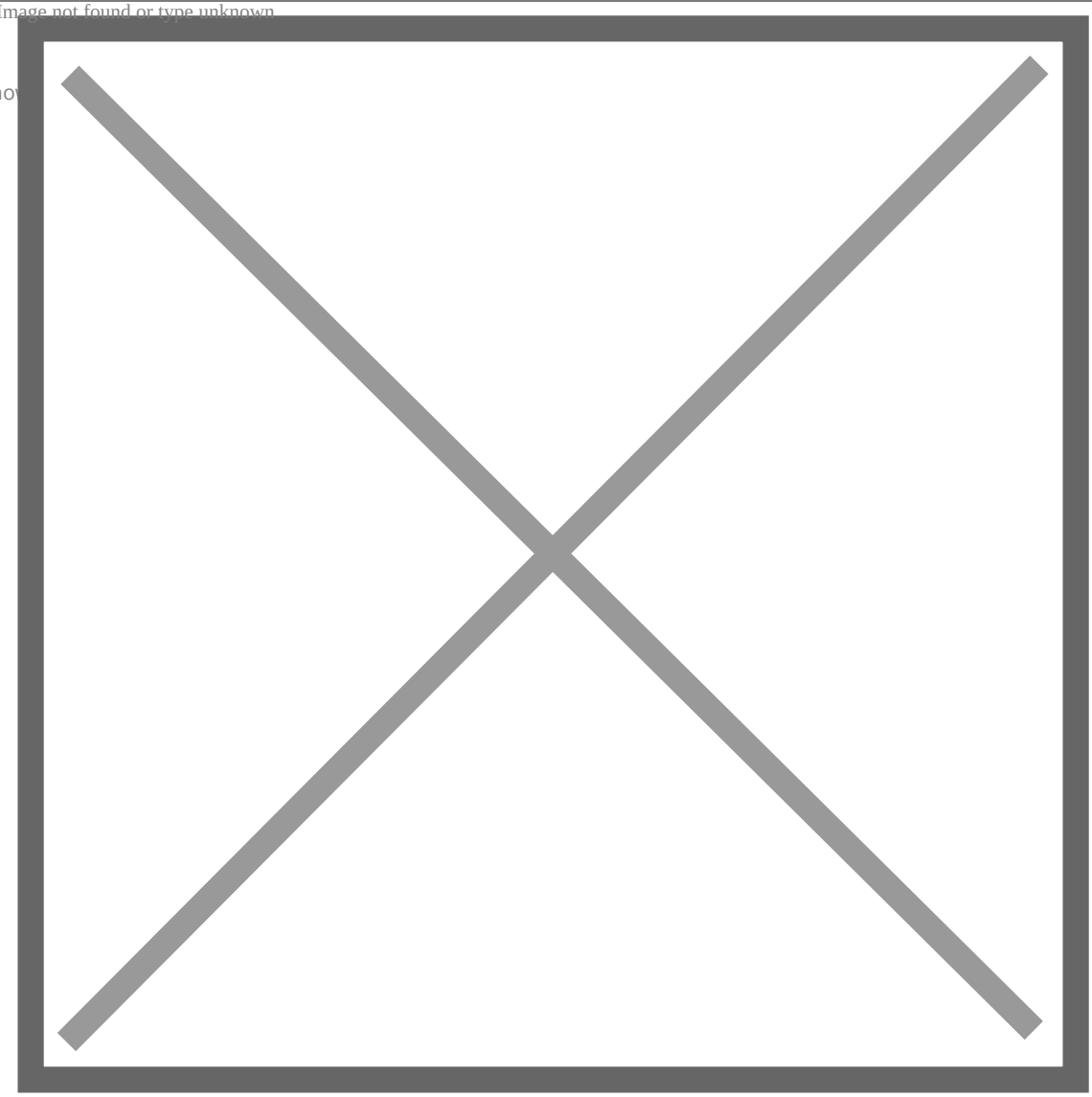
CREACIóN 10_12_2019

img

Image not found or type unknown

Image not found or type unknown

Stefano Fontana



¿Cómo debería ser el comportamiento de un católico ante un evento como la actual Cumbre sobre el Clima que se realiza en Madrid (COP 25)?

En primer lugar, debe ser respetuoso con el problema. No hay acuerdo entre los científicos sobre las causas antropogénicas del calentamiento global. Y no hay acuerdo, por lo tanto, sobre la oportunidad o la necesidad de inducir cambios costosos en el comportamiento humano, dado que éstos no son la causa de los cambios climáticos. Una pequeña variación de calor en el Océano Pacífico tiene un impacto en el clima del planeta infinitamente más alto que todas las intervenciones humanas. La fe lleva al católico a usar la razón, por lo tanto, a no pasar por encima de la ciencia y no hacer que diga lo que no dice.

Segundo, el católico debe ser realista y no ocultar el hecho de que las supuestas intervenciones humanas para reducir el calentamiento global tendrían un costo muy

alto. Es razonable pensar que, por lo tanto, hay considerables intereses detrás del énfasis que existe para que se decidan estas inversiones. Si se condena la especulación económica de las empresas en un sector, lo mismo debe hacerse para aquellos en otro sector. La *green economy* no es celestial en esencia.

En tercer lugar, el católico no debería abandonarse a las alarmas terroristas: recientemente Avvenire tituló "Último llamado para el mundo". El milenarismo de los ecologistas se conoce desde hace mucho tiempo y son innumerables las predicciones que han hecho en el pasado sobre el supuesto colapso de nuestro planeta, sobre todo debido a la sobrepoblación. Predicciones que no se hicieron realidad. El católico no debería dejarse llevar por estas predicciones catastróficas, especialmente si no tienen una base científica.

En cuarto lugar, la posición católica, especialmente la expresada por la Santa Sede o por las Conferencias Episcopales, nunca deben amoldarse a decisiones políticas. Deberíamos abstenernos, por ejemplo, de apresurarnos a tomar como propias las decisiones de la cumbre climática en París o de aquella en Katowice del año pasado. Son decisiones políticas, se refieren a elecciones contingentes y complejas, se corre el peligro de ser considerados de parte. La Iglesia debería proponer los grandes principios, no adherirse a las soluciones políticas que dividen entre "buenos" y "malos". ¿Ya no lo hace en muchas otras áreas porque debería hacerlo en esto?

Quinto lugar, el católico no debería usar la expresión "Madre Tierra", especialmente con mayúsculas, y no debería adherirse a los documentos que usan esta expresión gnóstica, esotérica e idólatra. Tampoco debe recurrirse a San Francisco y su Cántico de las criaturas para este uso, que no tenía nada que ver con el esoterismo. Desafortunadamente, sin embargo, muchos documentos eclesiales ahora usan la expresión, hasta el punto de no hablar de Cristo, sino de la Madre Tierra.

En sexto lugar, el católico no debería jamás equiparar de inmediato a la ONU con el Bien, y cualquier conclusión de una cumbre de la ONU a un deber absoluto para las personas responsables. Sabemos con gran certeza que las agencias de la ONU a menudo llevan caminos ideológicos, contrarios al verdadero bien del hombre. La Iglesia, en particular, no puede amoldarse a las Naciones Unidas y compartir su lenguaje. Por ejemplo, no debería ser acrítico ante el programa de desarrollo de la ONU hasta el 2030. En las cumbres de El Cairo o de Beijing de la década de los '90 del siglo pasado, la Iglesia era crítica hacia estas posiciones. Aún debería serlo.

Séptimo, los gobiernos nunca deberían aceptar órdenes imperativas de entidades supraestatales

sobre estos temas, porque detrás de las “directivas” de los cuerpos políticos supraestatales, como por ejemplo la Unión Europea, hay visiones ocultas de la relación entre el hombre y la naturaleza que puede estar equivocada.

En octavo lugar, los católicos, y mucho menos la Iglesia, no deben deslumbrarse con las manifestaciones callejeras que a menudo son promovidas y financiadas de manera oculta, incluso cuando se trata de eventos juveniles. Con las consignas pilotadas y con los estudiantes obligados a salir a la calle, se puede ser famoso, pero no correcto.

Noveno, cuando hablamos de ecología ambiental, la Iglesia y los católicos siempre deben exigir que también hablemos de ecología humana. No solo no deben separarse ambas cosas, sino que la ecología humana siempre debe anteponerse sobre el medio ambiente. Si ni siquiera hablamos de la lucha contra el aborto, no solo se vuelve reductivo, sino también engañoso hablar de una lucha por la biodiversidad.

En décimo lugar, los católicos nunca deberían hablar de la naturaleza sin llamarla “creación” y nunca deberían hablar de la creación sin hablar del Creador. Falta la perspectiva decisiva y sería como decir que las cosas pueden ir bien incluso sin Dios. Esto contrasta con lo que se dice hoy en la Iglesia, a saber, que existe el pecado del “ecocidio”. Se dice, pero nunca se habla del Salvador cuando se refiere a problemas ambientales.